

discurso contra «los contratistas sin probidad y sin corazón, que sólo vieron en las desgracias del país una ocasión para enriquecerse,» contra los campesinos que «de preferencia llevaban sus comestibles al invasor,» y en favor del ejército, «esa escuela adonde hay que enviar á los que parecen haber olvidado cómo se sirve y se ama al país, adonde debieran ir todos nuestros hijos á fin de que el servicio obligatorio fuese la gran escuela de las generaciones futuras.»

Aquella manifestación de entusiasmo fué al mismo tiempo el último acceso de antibonapartismo que tuvo la Asamblea. En 4 de mayo de 1872 se estaba lejos del día en que la destitución había sido pronunciada casi por unanimidad. El estado de los ánimos era muy distinto. Todas las cóleras iban á desencadenarse, no contra el Imperio, sino contra el 4 de septiembre, contra los hombres de la Defensa nacional, y eran bonapartistas como Raül Duval y Prax-Paris los que iban á dirigir la batalla de las derechas contra los ministros republicanos que Thiers había conservado en el gabinete. Hasta Rouher es más escuchado que Gambetta y Challemeil-Lacour.

Aquella Asamblea tan violenta y apasionada fué también una de las más laboriosas. Su obra política fué miserable, pero su obra legislativa resultó considerable, y aunque ciertas leyes llevan todavía el sello de sus odios políticos ó sociales, todas fueron seriamente elaboradas y discutidas con incontestable competencia.

Después de los desastres nacionales nombróse una comisión encargada de estudiar la gran cuestión del reclutamiento y de la organización del ejército. Al cabo de catorce meses de trabajo, la comisión adoptó el dictamen redactado por el ponente, conde de Chasseloup-Laubat, y el proyecto de ley sobre el reclutamiento fué depositado sobre la mesa de la Asamblea nacional el 12 de marzo de 1872. Empleáronse más de dos meses en la discusión y la ley fué promulgada el 27 de julio. El ponente proponía la supresión del reemplazo, el servicio para todos los franceses no exentos ó incapacitados de veinte á cuarenta años, cinco en activo servicio, cuatro en la reserva del ejército activo, cinco en el territorial y cuatro en la reserva de este último ejército. Calculando un contingente anual de 150.000 hombres, al cabo de cinco años iba á tenerse un total de 750.000 sobre el pie de paz, lo cual representaba para el país, y sobre todo para el presupuesto, una carga demasiado pesada. Por esto la comisión sólo exigía de cada contingente un año de servicio activo, de modo que la fuerza armada sólo era de 450.000 hombres. Según el artículo 41 del proyecto, el ministro debía determinar cada año el número de hombres destinados al servicio activo, tomándolos por orden de lista de reclutamiento de cada cantón.

La ley de 27 de julio de 1872 substituía el sorteo con el servicio obligatorio, copiando del sistema prusiano la institución del servicio voluntario. Este y la duración del servicio activo fueron los dos puntos más criticados de la nueva ley, y las críticas habían de conducir á una pronta modificación de la ley misma que no por eso deja de marcar una fecha importante en la historia social francesa.

No hablaremos de la ley de 24 de julio de 1872 que hizo electivo el Consejo de Estado sino para decir que

el nuevo Consejo, difícilmente formado por la Asamblea después de cuatro escrutinios, se compuso de hombres que valían mucho; tuvo por vicepresidente á Odilón Barrot y por jefes de sección á los señores Groualle, Aucoc y Goussard. Tres años después, la facultad de nombrar á los consejeros de Estado había de ser restituida al poder ejecutivo. Al mismo tiempo que era restablecido el Consejo de Estado, las atribuciones relativas al fallo de los conflictos fueron devueltas al Tribunal de los conflictos, instituido por la ley de 4 de febrero de 1850.

En 21 de noviembre de 1872 promulgóse la ley de reorganización del jurado. En 10 de diciembre votóse la creación de las tarjetas postales, ya en uso en otros países. La ley de 23 de enero de 1873, que tendía á reprimir la embriaguez pública, tuvo aplicación intermitente y resultó de una eficacia dudosa. Aun fué más contestable la ley de 19 de marzo que reorganizó el Consejo superior de Instrucción pública introduciendo en él cuatro obispos elegidos por sus colegas, varios consejeros de casación, consejeros de Estado, individuos de las diferentes Academias y, como por gracia, algunos representantes de las facultades de derecho, letras, ciencias y medicina. En la discusión de esta ley se produjo la lucha entre el obispo Dupanloup, partidario exclusivo de las letras clásicas, y el ministro Julio Simón, autor de la circular reformadora del mes de septiembre de 1872, convertido luego en el excelente libro sobre *La reforma de la segunda enseñanza*.

Después de la guerra extranjera y de la guerra civil, todo el mundo convino en la necesidad de forjar nuevamente el alma de Francia, y nadie más indicado que el ministro de Instrucción pública para llevar á cabo una obra de toda trascendencia por medio de la educación y la enseñanza. Julio Simón poseía la plena confianza de Thiers que no intervino jamás en los asuntos interiores de su ministerio; pero no poseía del mismo modo los favores de la derecha y del centro derecho de la Asamblea nacional, y la oposición ó las supuestas tendencias de estos dos grupos de la mayoría le impidieron realizar ninguna reforma seria en la enseñanza superior y en la instrucción primaria. Las derechas y monseñor Dupanloup sólo procuraban dar participación al clero en la enseñanza superior fundando universidades católicas, rivales de las facultades del Estado, como intervenía en la segunda enseñanza desde 1850. Eran hostiles á la instrucción obligatoria, de la cual Julio Simón era el campeón más decidido. El ministro de Instrucción pública no podía hacer nada de provecho sino encerrándose en el dominio puramente pedagógico y limitando sus ambiciones á la reforma de la segunda enseñanza. Y aun tenía que introducir sus reformas por medio de decretos y circulares, porque el terreno legislativo le estaba vedado de antemano por las malas disposiciones de la mayoría.

Con su flexibilidad y destreza habituales, Julio Simón supo hacer de la circular de 23 de septiembre de 1872 el verdadero manifiesto de la reforma de la segunda enseñanza. Puede decirse que fué, con Víctor Duruy, el iniciador del gran movimiento de ideas que se produjo en la Universidad.

El plan de enseñanza de Duruy exigía de los alumnos un trabajo enorme que podía perjudicar á su salud

y á su progreso, y como no había que pensar en restringir la enseñanza de las ciencias que daba buenos resultados, ni en disminuir la de la historia y de la geografía, ni en reducir la de idiomas vivos que acababa de ser ampliada, era absolutamente necesario suprimir ó modificar el estudio de lenguas muertas, y como nadie pensaba suprimirlo, se imponía la solución de cambiar de método, á fin de enseñarlas en menos tiempo del que absorbían. Se estudia el latín ó el griego para comprenderlos, mientras que se estudia, por ejemplo, el inglés ó el alemán para hablarlos. En este principio, que ningún pedagogo discute, estriba todo el método preconizado por Julio Simón. Hay que estudiar modelos y no reglas. Las reglas son materia de explicación sobre todo, y es un verdadero abuso hacerlas aprender de memoria. Se abusa del tema latino como se abusa de la gramática; es con los textos, y no con el tema, que se aprenderá eficazmente la gramática y la sintaxis. El tema es un ejercicio más propio para el estudio de las lenguas vivas. En cuanto al ejercicio «ingenioso» de los versos latinos, absorben demasiado tiempo á los buenos alumnos y es estéril para los demás. Duruy había dejado á los alumnos la facultad de ejercitarse en el verso latino; Julio Simón suprimió las composiciones y los premios de estos versos. El tiempo que se ganaba con las reducciones necesarias se emplearía en un estudio más serio de la lengua y de la literatura maternas. Desgraciadamente, el plan de estudios que había de reemplazar al de 1865 después de la caída de Julio Simón y que fué promulgado en 1874, no conservó traza alguna de las luminosas indicaciones de este sabio ministro.

Mentaremos la ley de 4 de abril de 1873 que asimilaba la organización municipal de Lyon á la de París, por los incidentes á que dió lugar su discusión. El día 2 de abril Julio Grevy, impecable presidente de la asamblea, estimando que la frase «el bagaje del dictamen» no constituía una impertinencia, como lo pretendía uno de los miembros más oscuros de la derecha, negóse, á pesar de las intimaciones furiosas de la mayoría, á llamar al orden al orador muy dueño de sí mismo que acababa de pronunciarla, señor Le Royer, futuro presidente del Senado. De resultas de este incidente, Grevy dimitió la presidencia.

En esta misma discusión, el ministro del Interior, Sr. Goulard, sin previo acuerdo con sus colegas ni con el presidente de la República, abandonó el proyecto preparado por el gobierno para adherirse al del barón Chaurand, miembro de la derecha, que suprimía de un golpe al alcalde y la alcaldía central de Lyon. El alcalde, nombrado por Thiers un año antes y que desaparecería con la alcaldía central de la segunda ciudad francesa, era el Sr. Barodet, el mismo que en las elecciones de París del 27 de aquel mismo mes de abril triunfó contra el Sr. de Remusat, candidato de Thiers.

Todo este trabajo legislativo dista mucho de equivaler, por su duración y por su importancia, al que la asamblea consagró á la discusión de los nuevos impuestos y á las leyes de Hacienda de 1872 y 1873.

El habilísimo ministro de Hacienda, Sr. Pouyer-Quertier, estimó en 650 millones los nuevos gastos que resultaban de la guerra extranjera y de la guerra civil, pero se elevaron á 750 millones. Mediante nuevos impuestos y el recargo de los antiguos se habían creado

recursos por valor de 366 millones durante la legislatura de 1871, y, en noviembre del mismo año, el gobierno había propuesto un impuesto sobre las primeras materias, que, según sus cálculos, había de dar un rendimiento de 150 ó 160 millones.

El 19 de enero de 1872, en la célebre sesión después de la cual dimitió Thiers, la asamblea aplazó toda resolución hasta haber sometido las nuevas tarifas al examen de una comisión especial de quince miembros. Al mismo tiempo, la comisión de presupuestos de 1872 votó nuevos derechos sobre los azúcares, el registro de la propiedad, los alcoholes y los fósforos, y en junio de 1872 el total de estos arbitrios había aumentado hasta 494 millones. El déficit ya no era más que de 155 millones, y la comisión de presupuestos, donde la derecha estaba, sin embargo, en mayoría, propuso enjugarlo con impuestos sobre la renta, los valores mobiliarios, los créditos hipotecarios y el total de los negocios. Desde aquel momento, los esfuerzos de Thiers tendieron á combatir lo que él llamaba un impuesto desmoralizador, un impuesto de guerra civil, el impuesto sobre la renta, que el jefe del gobierno logró hacer desechar por la mayoría.

La asamblea aprobó el impuesto sobre los créditos hipotecarios que había de producir 6 millones y entendiéndose con el gobierno para la redacción de un proyecto destinado á cargar sobre los valores mobiliarios una tasa de 25 millones. La asamblea votó luego un recargo sobre las patentes, y como este recargo no había de producir más que 39 millones, preciso fué llegar al impuesto sobre las primeras materias, que fué aprobado en 26 de julio, después de cuatro días de discusión. Este arbitrio no alcanzó todavía á nivelar los presupuestos y hubo que admitir lo que Julio Simón llamó «un diluvio de pequeños impuestos.»

El mes de julio terminó con el gran éxito del empréstito de 3.500 millones, cubierto cerca de doce veces.

La facilidad con que se recaudaron los antiguos y nuevos impuestos y el brillante resultado del empréstito adelantaron la liberación del territorio. El convenio de 29 de junio de 1872, aprobado por la asamblea el 6 de julio y promulgado el 9, había fijado la evacuación total para el 1.º de marzo de 1875. Debían pagarse á Alemania 500 millones en el plazo de los dos meses siguientes al cambio de las ratificaciones, otros 500 millones en 1.º de febrero de 1873 y mil millones en 1.º de marzo de 1874. Concedíase á Francia la facultad de efectuar pagos anticipados, pero estos no podían ser inferiores á cien millones. La evacuación de los departamentos ocupados debía operarse en las fechas siguientes: la del Marne y del Alto Marne después del pago de los primeros quinientos millones; la de los Ardenas y de los Vosgos después del pago del cuarto millar de millones; y la del Mosa, Meurthe y Mosela y Belfort después del pago del quinto. De modo que se consideraba como un triunfo, á fines de junio de 1872, la eventualidad de la liberación que no debía realizarse hasta tres años más tarde. Thiers y Remusat se consagran enteramente á la tarea patriótica de adelantar el término, y en 15 de marzo de 1873, el presidente de la República entra precipitadamente en el salón en que deliberaban sus ministros, en Versalles, agitando gozoso



un papel que llevaba en la mano levantada: era el telegrama del embajador de Francia en Berlín anunciando la firma del convenio que adelantaba diez y ocho meses la hora de la liberación. El último millar de millones, en vez de pagarse de un vez, en 1.º de marzo de 1875, podía hacerse efectivo en cuatro plazos, por fracciones de 250 millones, en el transcurso de 1873, en los días 5 de junio, 5 de julio, 5 de agosto y 5 de septiembre. Los Ardenas, los Vosgos, el Mosa, Meurthe y Mosela y Belfort serían evacuados durante el mes siguiente al 5 de julio y Verdún durante los quince días que seguirían al 5 de septiembre. Los alemanes ya no habían de ocupar el suelo más que seis meses. El 17 de marzo, la asamblea nacional supo oficialmente esta buena noticia; se atribuyó el mérito principal de este resultado y votó á regañadientes la proposición del centro izquierdo declarando que Thiers había merecido bien de la patria. En esta sesión, la más triste de las celebradas por la asamblea de Versalles, hicieron explosión todos los odios y rencores de la mayoría.

Para comprender el estado de ánimo en que se encontraban la mayoría parlamentaria y el presidente de la República en 24 de mayo de 1873, habría que retroceder un año y recordar todas las ocasiones en que los dos adversarios midieron las armas. Sin remontarnos á las primeras hostilidades, citaremos las palabras que Thiers, adivinando sin duda las intrigas que preparaban su derrocamiento, lanzó audazmente á la monarquía en la sesión de 29 de noviembre de 1872: «¿Queréis aquí un esclavo, un dependiente á vuestro gusto, que, para conservar el poder algunos días más, sea siempre vuestro cortesano? Pues bien, escogedlo... ¡Los hay de sobra!» Y terminó su discurso con este juramento, pronunciado con una emoción que gran parte de la asamblea compartió: «¡Juro ante vosotros y ante Dios que he servido dos años á mi país con una abnegación sin límites!»

Thiers no volvió á subir á la tribuna hasta tres meses después, el 6 de marzo de 1873, para pronunciar un discurso sobre las atribuciones de los poderes públicos. Dufaure había cometido una gran falta tratando de realizar la conjunción de los centros y de ganar en el centro derecho y en la derecha los votos que perdía en la izquierda; con ello prestó un flaco servicio á Thiers, pues la nueva mayoría no sobrevivió á la votación de la pseudo-constitución preparada por el duque de Broglie y por la comisión de los treinta. En 3 de abril, reformóse la mayoría de la derecha pura, bajo la dirección de Buffet, que reunió para la presidencia de la asamblea 305 votos contra 285 dados al candidato de las izquierdas, Sr. Martel, y antes de las vacaciones, que habían de empezar el 7 de abril, formóse un comité de seis miembros, encargados de preparar el plan de campaña contra Thiers. Ni el comité ni Buffet esperaron, para comenzar la lucha, el resultado de las elecciones de 11 de mayo. Después del discurso pronunciado por Julio Simón, en la distribución de premios á los miembros de las sociedades científicas de los departamentos, el 19 de abril, discurso en que el ministro atribuyó al presidente de la República todo el mérito de la liberación del territorio, Buffet declaró que convocaría inmediatamente á los representantes del país, si no se daba una satisfacción á la asamblea soberana. Hubo

necesidad de que el ministro del Interior, Sr. Goulard, se presentase ante la comisión permanente, no para justificar á su colega de la Instrucción pública, sino para desautorizarlo, declarando que Julio Simón era el único responsable de sus palabras. Goulard no debió empeñar muy á disgusto esta misión, pues compartía las pasiones de la derecha por él representada en el gabinete de Thiers.

Después de estos incidentes, ni Goulard ni Julio Simón podían continuar juntos en el Consejo de ministros. Uno y otro dimitieron. El presidente se separó de Goulard sin disgusto y de Julio Simón con verdadero pesar.

Cuando la asamblea reanudó sus sesiones, el 19 de mayo, encontróse en presencia de un ministerio casi homogéneo en que Casimir-Perier había reemplazado á Goulard, Waddington á Julio Simón y Berenger á Fourtou. Los nuevos ministros pertenecían al centro izquierdo, y este último gabinete ofrecía tan serias garantías á los conservadores que, un año después, el gobierno del Orden moral había de elegir entre sus miembros un vicepresidente del Consejo y un ministro del Interior. Pero la guerra de la mayoría de la asamblea no era contra el gabinete, sino contra el presidente de la República. Apenas constituida la mesa con la elección de Buffet para la presidencia, por 359 votos, y la de Goulard para la vicepresidencia, por 367 votos, el duque de Broglie, en nombre de 320 de sus colegas, presentó una demanda de interpelación así concebida: «Los infrascritos, convencidos de que la gravedad de la situación exige al frente de los negocios un gabinete cuya firmeza tranquilice al país, desean interpelar al ministro sobre las últimas modificaciones que acaban de operarse en su seno y sobre la necesidad de hacer prevalecer en el gobierno una política absolutamente conservadora.» Al mismo tiempo, Dufaure presentó un proyecto de ley de organización de los poderes públicos. La asamblea que, dos años después, había de votar casi íntegramente este proyecto, convertido en la Constitución de 1875, negóse á oír la lectura del preámbulo y hasta la del articulado.

En 23 de mayo entablóse la lucha entre el duque de Broglie y el ministro de Gracia y Justicia. El duque, en un discurso muy hábil, como todos los suyos, descartó con mucho cuidado la cuestión de forma de gobierno, quejóse de las pretendidas concesiones hechas al radicalismo y reclamó serias garantías para el partido conservador. El ministro, en una contestación firme, terminante y lógica, afirmó la solidaridad de todos los miembros del gabinete y la necesidad de reconocer y constituir la República.

Thiers ocupó la tribuna á la mañana siguiente durante dos horas; recordó todos sus actos y justificó su política con elocuentes y nobles palabras, calurosamente aplaudidas por la izquierda.

Después del discurso de Thiers, levantóse la sesión, de conformidad con el complicado formalismo de la ley de los Treinta, y fué reanudada á las dos de la tarde. Después de un breve y firme discurso de Casimir-Perier proclamando, como lo había hecho Dufaure el día anterior, la necesidad de constituir la República, se contaron las fuerzas á propósito de la orden del día pura y simple que el gobierno aceptaba y que fué desechada

por 362 votos contra 348. Aprobóse en seguida por 360 votos contra 344 una orden del día propuesta por Ernoul y concebida en estos términos: «La Asamblea nacional, considerando que no se discute la forma del gobierno, que la asamblea debe examinar las leyes constitucionales presentadas en virtud de sus decisiones; pero que, desde hoy, importa tranquilizar al país, haciendo prevalecer en el gobierno una política resueltamente conservadora, siente que las recientes modificaciones ministeriales no hayan dado á los intereses conservadores la satisfacción que tenía derecho á esperar.»

El Sr. Baragnón pidió que se celebrase una tercera sesión aquel mismo día á las ocho. En esta sesión la asamblea aceptó, por 362 votos contra 331, la dimisión de Thiers, que el ministro de Gracia y Justicia había entregado al presidente, y, á propuesta del general Changarnier, que había podido esperar un instante la sucesión de Thiers, procedió acto continuo á la elección de un nuevo presidente de la República, resultando elegido por 390 votos contra 1 el mariscal Mac-Mahón.

Veintisiete meses y días han transcurrido desde que Thiers, elevado al poder por la casi unanimidad de la Asamblea nacional, ha sido derribado por una mayoría de diez y seis votos. Jamás hombre alguno sobrellevó tan pesada carga, jamás gobierno alguno realizó tan prodigiosa labor, en tan corto espacio de tiempo. ¿Qué son dos años? Nada, en la vida de un hombre; menos que nada, en la vida de un pueblo. Se dice que los pueblos felices no tienen historia; pero la tienen los pueblos desgraciados, y no hubo nunca nación más desdichada con una historia más completa y dolorosa que la de Francia durante el preconsulado de Thiers.

El objetivo constante del jefe del Estado fué el alemán, el enemigo acampado en el suelo francés: hubo que tratar con él cada día, primero en Versalles, luego en Ruán, en Compiègne y en Nancy, después en tierra neutral, en Bruselas, por último en tierra germánica, en Francfort y en Berlín; con Bismarck, con el general Fabrice, con Manteuffel, con Waldersee y con Arním; hubo que tratar desde luego de los preliminares de la paz definitiva y, últimamente, del pago de la enorme indemnización de guerra y de la evacuación del territorio. Realizadas bajo la dirección superior de Thiers, en primer lugar por un abogado elocuente que no fué más que el liquidador de una situación desesperada, y en segundo lugar por hombres conocedores de las cortes extranjeras y de las cancillerías, las negociaciones tuvieron resultados que nadie esperaba y la evacuación del territorio fué adelantada más de un año, ¡sabe Dios á costa de qué esfuerzos y angustias de parte de los diplomáticos franceses!

La reorganización interior marchó paralelamente con las negociaciones; se empezó por la del ejército porque, ante todo, era necesario vencer á la *Commune*, y se emprendió sucesiva y simultáneamente el restablecimiento de todos los servicios públicos. No se procedió de una manera preconcebida y dogmática á una refundición general, sino que se verificaron mejoras parciales y reformas prácticas.

La elección de un buen personal bastó para devolver á las prefecturas el prestigio que en la mayor parte de los departamentos habían perdido, y como, en un país

tan profundamente centralizado como Francia, los prefectos extienden su acción sobre las Obras públicas, la Industria y la Agricultura, los buenos prefectos contribuyeron mucho á la regeneración del país.

En Hacienda, el rendimiento asegurado de las contribuciones, el éxito de los empréstitos y el pago de la indemnización de guerra fueron los resultados visibles para todo el mundo. Los que el público no veía, es decir, la reorganización de las instituciones financieras, fueron todavía más importantes.

La preocupación del bien público guió á Dufaure y á Julio Simón en la elección del personal de los dos



El general Gougeard

ministerios en que menos se dejó sentir la acción personal de Thiers. Dufaure respetó el principio de la inamovilidad judicial, única garantía de la independencia del juez, fué escrupuloso en el nombramiento de los magistrados y evitó sobre todo el mezclar la política con la justicia.

Julio Simón hubiera querido también que los miembros de la Universidad permaneciesen ajenos á la política. En principio tenía razón; en la práctica empleó un rigor exagerado con ciertos profesores que, durante la guerra, habían colaborado en periódicos republicanos. Obligados á dejar la cátedra, los profesores destituidos se crearon casi todos un nombre en la prensa, donde Julio Simón no tardó en encontrarlos como colaboradores.

El orden y la actividad renacían poco á poco en todos los servicios, bajo el impulso de Thiers y de sus ministros. Todos tomaron parte honrosa en la obra común, y cada uno de ellos llevó á su departamento una competencia especial, sostenida y dirigida por la competencia universal del presidente de la República. La Asamblea misma tuvo el buen acuerdo de no ejercer su soberanía fuera del dominio legislativo y del dominio político. En los detalles como en el mecanismo general de su administración, los ministros se vieron más libres y menos asediados de peticiones, de recomendaciones



y de intervenciones que sus sucesores, de parte de los diputados y de los senadores de las ulteriores asambleas.

La colaboración de Thiers, de sus ministros y de la Asamblea nacional desde el punto de vista administrativo y desde el punto de vista del restablecimiento del orden interior, produjo, pues, los mejores resultados. Las disensiones políticas entre los representantes y su elegido fueron las que impidieron que Francia se regenerase tan pronto como hubiera podido, merced á sus poderosos recursos y á su extraordinaria vitalidad, y las que retardaron la pacificación de los ánimos y la constitución de un gobierno estable.

Desde el día en que comprendió que la restauración de la monarquía borbónica era imposible, Thiers se adhirió á la idea de una república conservadora, y trató de que igual evolución hicieran los miembros de los dos centros, partidarios de una monarquía constitucional. La masa del centro derecho negóse terminantemente á seguirle, pues aun después de que la rama segunda hubiese abdicado toda pretensión y el conde de Chambord fué reconocido como jefe de la Casa de Francia, aquel partido abrigó la esperanza quimérica de una restauración de la monarquía constitucional. El centro izquierdo, tan partidario de las instituciones libres y del parlamentarismo como podía serlo el centro derecho, comprendió mejor que éste la situación, las dificultades insuperables de una restauración monárquica, y emprendió resueltamente el camino indicado por Thiers. Los Dufaure, los Remusat, los Duvergier de Hauranne, los Chanzy, los Leon Say, los Christophle, los Mercere, aportaron á la República, pocos meses antes del 24 de mayo de 1873, el concurso de su nombre, de su influencia social y de su fortuna. Su adhesión es un hecho de alta importancia en la historia política del país. Estos obreros de última hora tranquilizaron tanto como habían asustado los del principio y arrastraron á la parte más ilustrada de la burguesía. El movimiento se propagó de las ciudades á las poblaciones rurales y, á medida que la política representada por Thiers y por sus amigos encontraba menos secuaces en la Asamblea nacional, encontraba mayor número en el país. El inapreciable servicio que Thiers y los miembros del centro izquierdo prestaron á la República fué el de reconciliar con la palabra y con la cosa la masa tímida y fluctuante que en todas partes constituye la mayoría, pues demostraron que con esta forma de gobierno, lo mismo que con cualquier otra, se podía restablecer el orden, pagar los gastos de la guerra, vencer á la *Commune*, tener autoridad en presencia del extranjero y vivir en paz, sin que se viese humillado el orgullo nacional, sin que se viese comprometida la prosperidad del país y sin que se viese amenazada ninguna creencia. Desde el momento que Francia hubo reconocido que los republicanos no amenazaban á Dios, ni á la familia ni á la propiedad, la causa de la República hubo conquistado la opinión.

Los monárquicos eran demasiado perspicaces para dejar de observar los progresos de este movimiento de adhesión, pero no comprendieron sus causas. La obcecación de los doctrinarios de la derecha fué mayor y más persistente que la de los doctrinarios de la izquierda que no comprendían la necesidad de una República

tranquilizadora, pero que, disciplinados y compactos, obedecían á las órdenes de su ilustre jefe. El 24 de mayo, día de la gran batalla, ninguno de ellos hizo defeción. Sabían muy bien que al votar por un republicano de nuevo cuño y por una República posible, diferían el advenimiento de los antiguos republicanos y de su República ideal; sin embargo, dieron sus sufragios á Thiers. Los miembros de la derecha, á fin de hacer desaparecer al que consideraban como el obstáculo para la realización de sus intentos, votaron, no menos disciplinados ni menos unidos, contra el único hombre de Estado que, nombre aparte, hubiera podido realizar su ideal de gobierno y que sin duda les hubiera asegurado el ejercicio del poder, que consideraban como el bien supremo.

Si, en 24 de mayo, la mayoría de la Asamblea hubiese mantenido á Thiers en el poder, Francia hubiera tenido año y medio más pronto una Constitución seguramente tan buena como la de 1875. El gobierno de la República francesa hubiera comprendido un Senado decenal renovable por quintas partes cada dos años; una Cámara renovable íntegramente cada quinquenio y un presidente de la república nombrado por cinco años y reelegible; senadores y diputados elegidos por sufragio directo y el presidente por un congreso compuesto de los senadores, de los diputados y de tres delegados de cada consejo general. La iniciativa de las leyes pertenece á las dos cámaras y al presidente de la República; las leyes sobre impuestos son desde luego sometidas á la Cámara de representantes. El Senado puede ser constituido en tribunal de justicia para juzgar los procesos de responsabilidad intentados contra el presidente, los ministros y los generales en jefe de los ejércitos de mar y tierra. El presidente de la República promulga las leyes y se encarga de hacerlas cumplir, negocia y ratifica los tratados que deben ser aprobados por ambas cámaras, posee el derecho de indulto, aunque no el de amnistía, dispone de la fuerza armada, sin poderla mandar personalmente, y preside las solemnidades nacionales. El y sus ministros son responsables, individual ó colectivamente, de los actos del gobierno. El presidente tiene derecho á disolver la Cámara con la autorización del Senado.

Tal era la Constitución de Thiers y Dufaure, verdaderamente más democrática que la de 1875; tal era el edificio que el jefe del Estado quería levantar, con la colaboración de la Asamblea, para abrigo de Francia, cansada de revoluciones, de trastornos civiles y de lucha de partidos. La Asamblea cambió de arquitecto, estudió otros proyectos y adoptó finalmente el de Thiers con retoques muy poco afortunados.

Con todos sus defectos y pequenezes, Thiers era un hombre competente y un buen patriota lleno de abnegación; su inteligencia superior, su actividad prodigiosa su larga vida pública y sus estudios le habían preparado para el papel que los acontecimientos le impusieron. La opinión le otorgó la confianza que merecía y que le ayudó á realizar la triple misión de concluir la paz, reparar los males causados por la guerra y asegurar al país una forma de gobierno duradera.

En la negociación de los preliminares de paz, Thiers quizá no tuvo tiempo de desplegar sus grandes cualidades. Adherido de antemano al partido de la paz, los

sucesos le cogieron desprevenido, faltándole el apoyo que dan naturalmente un gobierno regular y una administración tradicionalmente preparada. Creyó deber negociar solo, ante el más temible de los adversarios, que era vencedor por añadidura. A la luz de las revelaciones que se producen cada día, se discutirá la cuestión de saber si Thiers hubiera podido concluir un tratado más ventajoso y salvar á Metz. Quizá desatendió en demasía la conferencia de Londres y no tuvo bastante en cuenta el apoyo que le prestaba, para la negociación al menos, la determinación de Gambetta y de sus generales, de continuar la guerra hasta el fin. Pero, en torno de Thiers, todo el mundo quería la paz, y no le hubieran seguido si él hubiese dejado entrever solamente la necesidad diplomática de reanudar las hostilidades. Vióse más desarmado por los suyos que por sus adversarios, y además negociaba á pocas leguas de París todavía en armas y casi que en plena insurrección.

En todo el trabajo que siguió á la negociación fatal, en la repatriación de los prisioneros, en la liquidación de la indemnización, en la evacuación progresiva del territorio, en el voto de la ley militar, desplegó Thiers una energía y una tenacidad inteligente y flexible, que prueban lo que hubiera podido hacer, al principio, si

le hubiesen secundado mejor y si las circunstancias no hubiesen sido tan dificultosas. El fué el organizador de los grandes empréstitos y el libertador del territorio; él reconstituyó el ejército antiguo y preparó el nuevo; él reanudó las relaciones de Francia con Europa; él supo pasar entre los escollos de la cuestión romana. Presupuestos, empréstitos, contribuciones, reorganización administrativa, negocios comerciales é industriales, todo lleva el sello de Thiers. El hecho de haber discernido el porvenir de la democracia y de la República demuestra, más que nada, su profunda y rara perspicacia. Por haberse pronunciado en favor de la República y por haber sometido á la Asamblea un proyecto de constitución republicana, fué derribado del poder.

Siete lustros de paz interior y exterior datan del consulado de Thiers. La Francia republicana da el ejemplo de una gran nación siguiendo su destino bajo el peso de un pasado abrumador, á pesar de las dificultades inherentes á la constitución política y á la situación que ocupa en el mundo; ha encontrado alianzas y simpatías que la doctrina pretendía vedarle, ha extendido su dominio allende los mares y se prepara á entrar gallardamente en la era de las competencias universales que se anuncian para un porvenir no lejano.